

En la hora del triunfo

Yo, que os acompañaron todos los momentos de pesar y de sacrificio, me veo privado de compartir esas horas de triunfo y de alegría que hoy conmemoráis fraternalmente. Pero ya que el destierro me priva de vuestra compañía en ese momento, ahí van en estas cuartillas la voz de mi entusiasmo y de mi afecto para todos; en estas cuartillas que tengo la seguridad de que llegarán a vuestro poder porque ya no es Director General de Comunicaciones nuestro don José ..

Estáis agasajando á cinco buenos ciudadanos á quienes habéis conde-

nado á cuatro años de prisión edilicia. Yo les doy el pésame. Ya conoceréis las palabras sinceras de Besteiro, desde el presidio de Cartagena, en el que «respira mayor ambiente de honradez que en el Ayuntamiento del que era Concejal». Para Besteiro — á quien siempre debemos tener en nuestro pensamiento y en nuestro corazón, con las otras víctimas de la represión datista— para Besteiro, digo, la celda del presidio es más honrosa que el escaflo municipal; su pardo traje de presidiario y el bonetillo infamante, más nobles que el fajín y la medalla que en las procesiones lucen nuestros regidores.

Por eso yo doy el pésame á quienes vosotros felicitáis. Amigos Carbonell, Pérez Molina, Sánchez, Castillo y López González: ¡Muchos años que nos lleven delante!

Es á los republicanos de Alicante, no concejales, á quienes debemos felicitar. Desde hoy contamos con seis concejales admirables.

Y de lo que ellos hagan depende nuestra dignidad de hombres civiles amenazada por los arrastrables; nuestra dignidad de republicanos amenazada por el caciquismo casínero, de policía honorario, de los liberales y los conservadores; nuestra dignidad de trabajadores, amenazada por esa aristocracia ridícula, provinciana, vestida por el «Guaracho, sin ideales, sin dinero, que quiere mantener el prestigio de un honor que nunca tuvo convirtiéndose en guardia suiza de un Abad riojano; nuestra dignidad de librepensadores, de anticlericales, amenazada por la invasión jesuítica.

Y abro esto si que esperamos de vosotros—de los que habéis salido triunfantes—una labor de intranquilidad y de exaltación ciudadana.

Precisamente hace pocos días, un buen correligionario de esa, que supongo estará en estos momentos con vosotros, Pedro Iries, tuvo el recuerdo de enviarme una hoja impresa que condensaba en frases vibrantes de liberalismo, toda la indignación que á los alicantinos había producido el propósito que los jesuitas tuvieron otro tiempo de establecerse en Alicante. Y Alicante cerró por completo al Ganado maldito, las puertas de la hospitalidad.

Veas—me decía Pedro Iries—lo que fué y lo que es hoy Alicante.

Hoy, Alicante con los jesuitas, los maristas, los franciscanos, los salesianos, los carmelitas y toda esa variedad de la fauna clerical que padece, es un sér que envenenado por las toxinas de todos los microbios, está más cerca de la Muerte que de la Libertad.

Trabajemos por que los alicantinos de hoy sometidos á la plaga jesuítica—sean como los alicantinos de ayer.

Brindemos por que algún día podamos echar de Alicante á los jesuitas, dándoles un puntapié en las malgas. En el jesuita, como en el cerdo, hasta el rabo es aprovechable. Aprovechemos los de los jesuitas para aplicarles allí nuestro puntapié final.

¡Por Alicante republicano, aquí está mi copa en alto!

Carlos ESPLÁ

Valencia 24 Noviembre 1917.

A.P.C.E.
SIG.

1A.P.40.E.
SIG.: 1.2a/430